
El Intrépido Soldadito de Plomo

Hans Christian Andersen

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 747

Título: El Intrépido Soldadito de Plomo

Autor: Hans Christian Andersen

Etiquetas: Cuento infantil

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de junio de 2016

Fecha de modificación: 3 de octubre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Intrépido Soldadito de Plomo

Había una vez veinte y cinco soldados de plomo, todos hermanos por haber nacido de la misma cuchara de estaño. Llevaban el arma al brazo y miraban fijamente delante de sí; su uniforme era de color rojo y azul.

Las primeras palabras que oyeron en este mundo, cuando levantaron la tapa de la caja donde estaban encerrados, fueron: «¡Ay qué bonitos soldados de plomo!» El que hablaba así era un niño palmoteando de alegría. Acababa de recibir aquel regalo por ser el día de su santo. Formó al momento á sus queridos soldados en la mesa; todos ellos se parecían como dos golas de agua, ménos uno que fué el último que fundieron y para el cual no hubo bastante estaño; así es que no tenía más que una pierna, pero se mantenía en ella tan firme como los demás con sus dos piés, y fué el único á quien sucedieron aventuras memorables.

Sobre la mesa en que colocaron toda la compañía, había otros varios juguetes, pero el que llamaba más la atención era una graciosa quinta de cartón, delante de la cual había una calle de hermosos árboles que conducía á un espejito redondo que figuraba un estanque, en el cual parecían recrearse unos cisnes de cera; veíase por entre las ventanas el interior de la casa, con salas adornadas con muebles de lujo. Todo estaba trabajado con el mayor esmero, pero lo más bonito que había era una linda señorita que estaba en el vestíbulo, tambien de cartón, pero con un vestido de verdadera muselina fina, una cinta de seda azul alrededor del cuello, un chal de color de rosa sobre los hombros y una fia dorada hecha con lentejuelas. La hermosa figurita era una bailarina y hacía dar vueltas a sus brazos. Una de sus piernas

se hallaba momentáneamente echada hácía atras, por requerirlo así el paso que estaba ejecutando. Pero el soldado de plomo creía sencillamente que, como él, no tenia más que una pierna, y es acaso lo que más le gustaba en ella.

«Hé aqui la mujer que me convendría, pensó el pobre lisiado; pero es de una alcurnia muy alta para que me quiera; ella habita en un placio yo no tengo más domicilio que una cnja de madera blanca, donde vivimos veinte y cinco. No es un lugar decente para ella, pero á pesar de eso, acaso logre yo llegar á conocerla.»

Así, cuán grande fué su alegría cuando el niño le colocó encima de una caja de tabaco que estaba sobre la mesa, cerca de la quinta; desde allí podia admirar á sus anchuras la graciosa postura de la linda señorita, que se mantenía siempre sobre una sola pierna sin perder el equilibrio.

En esta posición le olvidaron una noche cuando volvieron á meter los dornas soldados en la caja. Todo el mundo se rué á dormir, y á eso de media noche los juguetes se pusieron á jugar por sí y ante si para distraerse. El polichinela hacía las más locas cabriolas, la peonza roncaba que era un contento, y los soldados se revolvían en la caja, queriendo salir para tomar parte en la fiesta, pero no pudieron alzar la tapa. La algazara llegó á tal punto, que el canario se despertó y dió algunos alegres gorjeos.

Los dos únicos seres que no se menearon de su puesto, eran el soldado de plomo y la bailarina; esta se manten ía siempre sobre la punta del pié, con los brazos tendidos en forma de arco, y aquel firme en su única pierna, sin apartar los ojos de su vecina.

En esto el reloj dió las doce de la noche. ¡Pif, paf! la tapa de la tabaquera se levanta, movida por un muelle y aparece un gnomito enteramente negro; no er a una verdadera caja de tabaco, sino un juguete de muelle.

El soldado fué arrojado sobre la mesa, pero volvió á caer sobre un pié y continuó admirando á la bailarina, como si nada hubiese sucedido.

«¡Hombrecillo cojuelo! dijo el gnomo; no dirijas tus miradas hacia personas tan superiormente colocadas sobre tu baja esfera.»

El soldado permaneció inmóvil sin responder una palabra.

«Bien, bien, temerario mozuelo, volvió á decir el gnomo; mañana verás lo que te sucede.»

Á la mañana siguiente todo el mundo se levantó. La criada, mientras arreglaba la habitacion, puso por un instante al soldado en el borde de la ventana que estaba abierta; de repente, creo que el gnomo fué el autor, sopla una ráfaga de viento, cruje la ventana y el soldadito se ve arrojado á la calle, cabeza abajo, desde un tercer piso. ¡Qué viaje tan terrible! El pobrecillo fué á dar de cabeza entre dos piedras; su morrion, bayoneta y casi todo su cuerpo desaparecieron en el polvo, y sólo salia su única pierna que ostentaba orgullosa y derecha.

La criada y el niño bajaron al momento á recogerle; el niño estuvo á pique de pisarle, pero nadie dió con él. El soldado iba á gritar «aquí estoy» pero se acordó que estaba prohibido a los militares habla, sobre las armas.

En esto empezaron á caer algunas gotas y luego un verdadero chaparrón que limpió el polvo, y cuando volvió a salir el sol, pasaron por allí dos pilluelos.

Mira, dijo uno de ellos: hé aquí un soldado de plomo que ha perdido una pierna en la guerra. —Tómalo, dijo el otro, y lo meteremos en nuestro barco.

Huhian, en efecto, hecho un barco con una vieja gacela, que pusieron en el arroyo, con el soldado dentro. El agua se llevó la débil barquilla, y los muchachos la seguían palmoteando.

La lluvia había hecho crecer el arroyo, la corriente era rápida y el barco de papel se balanceaba, dándole vueltas y se inclinaba a uno y otro lado, que parecía que iba a zozobrar. El soldado de plomo temblaba interiormente, pero no decía nada y permanecía intrépido con su fusil bien agarrado.

Arrastrado por la corriente, se metió el barco debajo de una piedra que estaba encima del arroyo. Reinaba allí la oscuridad, y el soldado dijo entre sí: «¡Qué oscuro está esto! No está más claro que mi antigua caja. ¿Qué va a ser de mí? Ese maldito gnomo me ha echado un maleficio. Si a lo menos la hermosa dama de la quinta estuviese aquí al lado mío, poco me importaría que la oscuridad fuese aun más negra.»

Los zapatos colorados pg 81.jpg

De repente aparece una gran rata.

De repente aparece una gran rata que vivía en un agujero debajo de la piedra.

«Enséñame tu pasaporte, dijo el roedor; ¡pronto! tu pasaporte.»

El soldado no despegó los labios, pues sabía que su dignidad no le permitía alternar con semejante animalucho. La barquilla, desembarazada, siguió su curso y la rata iba detrás rechinando y gritando a los pedacitos de madera y pajitas que detuviesen la embarcación:

«¡Alto! decía; detenedlo, que no me ha presentado el pasaporte.»

Pero el agua se deslizaba rápidamente y se llevaba consigo la barquilla; el soldado volvía a ver la luz del sol, alegrándose de salir sano y salvo de aquel subterráneo. Pero de repente oye un horrisono estruendo, como el del trueno, capaz de erizar los cabellos al más valiente, Y no era para menos, pues el arroyo, al salir de debajo de la piedra, fué a parar a

un canal en el cual se precipitaba como si fuera una cascada.

¡Patatrá! hé aquí la barquilla arrojada al fondo. El soldadito impávido, permaneció inmóvil como una roca; nadie podía decir que arqueó una sola vez las cejas. La navecilla, vacilando con el choque, dió tres ó cuatro vueltas sobre sí misma, se llenó de agua y empezó á sumergirse. El soldadito sólo tenía la cabeza y la bayoneta fuera del agua, pero hé aquí que se rompe el papel, se hunde y el militarillo cae al fondo del canal.

En aquel supremo momento, pensó en la linda bailarina á quien ya no volvería á ver; pero lo que más le afligía era morir de una muerte tan poco digna de un soldado.

Cuando iha á sepultarse en el cieno y desaparecer para siempre, sintió que se lo tragaba un pez, que lo tomó por un barbilla.

¡Dios mio! ¡Qué oscuro era aun el estómago de aquel pez, llamado sollo y qué recinto tan estrecho era aquel! Su antigua caja era más ancha. Pero el soldadito estaba acostumbrado á permanecer inmóvil, de centinela, con el arma al brazo.

El pez nadó en todos sentidos y acabó por subir á la superficie del agua. De repente hace movimientos y contorsiones convulsivas, quedando después en una completa inmovilidad. Al cabo de algunas horas, experimentó el soldado una sensacion como la del relámpago; la luz del día volvió á aparecer con todo su brillo, y una voz exclamó: «El soldado de plomo!»

Hé aquí lo que pasó. Pescaron al sollo, le llevaron al mercado y allí le compró una cocinera, que le abrió el vientre con un cuchillo, para guisarlo, y habiendo hallado al soldadito, lo entregó á los niños. Todos acudieron á ver al soldado de plomo que había tenido aventuras tan singulares, hasta la de perderse en el estómago de un pez.

El pobre soldado no estaba del todo satisfecho viéndose objeto de la curiosidad general. La criada le volvió á poner encima de la mesa, y por una extraña coincidencia, se halló otra vez en la misma habitacion de donde se cayó á la calle para dar principio á sus desgraciadas aventuras. Todos le reconocieron por su unica pierna, y él volvió á ver la caja donde estaban encerrados sus demás hermanos, así como la hermosa quinta de carton y sobre todo la linda bailarinita que como él se mantenía también intrépida sobre la punta del pié. El soldadito estaba sumamente conmovido; de buena gana llorarín, pero sus lágrimas eran de estaño y no hubieran ton movido á nadie.

Hé aquí que uno de los niños, dotado de una mala índole, tomó al soldado Y le arrojó bruscamente á la chimenea, ántes que los demás pudiesen impedirlo. Al obrar asi, dió por pretexto que quería ver si saldria también librado del luego, como salió del agua. Yo creo, sin embargo, que este mal pensamiento le fué sugerido por el horrible gnomo negro.

El soldado de plomo sintió un calor infernal; los hermosos colores de su uniforme desaparecieron, y el, entre tanto, miraba siempre á la linda bailarina para ver la impresión que hacía en ella el critico estado en que se hallaba. La súlfide no le perdía de vista, sin dejar de sonreírse graciosamente.

Sintió que empezaba á fundirse, pero sin soltar el fusil. Abrióse la puerta de repente Y un ventarrón se llevó á la bailarina que, atravesando el aire como una golondrina, fué á caer á la chimenea al lado de su querido soldado de plomo, Y allí se inflamó desapareciendo para siempre.

El soldado se derritió lentamente, y al siguiente dia, cuando la criada removió la ceniza de la chimenea, halló los restos del estaño, que habian tomado la forma de un graciosos corazon. De la linda bailarina sólo se halló su flor de lentejuelas.

El gnomo volvió á la caja de muelle; allí permaneció mucho

tiempo hasta que, habiéndose estropeado el resorte, le tiraron á un rincon, donde un gato le rasgó jugueteando.

Hans Christian Andersen



Hans Christian Andersen (Odense, 2 de abril de 1805 - Copenhague, 4 de agosto de 1875) fue un escritor y poeta danés, famoso por sus cuentos para niños, entre ellos El patito feo, La sirenita y La reina de las nieves. Estas tres obras de Andersen han sido adaptadas a la gran pantalla por Disney.

Nació el 2 de abril de 1805 en Odense, Dinamarca. Su familia

era tan pobre que en ocasiones tuvo que dormir bajo un puente y mendigar. Fue hijo de un zapatero de 22 años, instruido pero enfermizo, y de una lavandera de confesión protestante. Andersen dedicó a su madre el cuento La pequeña cerillera, por su extrema pobreza, así como No sirve para nada, en razón de su alcoholismo.

Desde muy temprana edad, Hans Christian mostró una gran imaginación que fue alentada por la indulgencia de sus padres. En 1816 murió su padre y Andersen dejó de asistir a la escuela; se dedicó a leer todas las obras que podía conseguir, entre ellas las de Ludwig Holberg y William Shakespeare.

de 1827 Hans Christian logró la publicación de su poema «El niño moribundo» en la revista literaria Kjøbenhavns flyvende Post, la más prestigiosa del momento; apareció en las versiones danesa y alemana de la revista.

Andersen fue un viajero empedernido («viajar es vivir», decía). Tras sus viajes escribía sus impresiones en los periódicos. De sus idas y venidas también sacó temas para sus escritos.

Exitosa fue también su primera obra de teatro, El amor en la torre de San Nicolás, publicada el año de 1839.

Para 1831 había publicado el poemario Fantasías y esbozos y realizado un viaje a Berlín, cuya crónica apareció con el título Siluetas. En 1833, recibió del rey una pequeña beca de viaje e hizo el primero de sus largos viajes por Europa.

En 1834 llegó a Roma. Fue Italia la que inspiró su primera novela, El improvisador, publicada en 1835, con bastante éxito. En este mismo año aparecieron también las dos primeras ediciones de Historias de aventuras para niños, seguidas de varias novelas de historias cortas. Antes había publicado un libreto para ópera, La novia de Lammermoor, y un libro de poemas titulado Los doce meses del año.

El valor de estas obras en principio no fue muy apreciado; en consecuencia, tuvieron poco éxito de ventas. No obstante, en 1838 Hans Christian Andersen ya era un escritor establecido. La fama de sus cuentos de hadas fue creciendo. Comenzó a escribir una segunda serie en 1838 y una tercera en 1843, que apareció publicada con el título Cuentos nuevos. Entre sus más famosos cuentos se encuentran «El patito feo», «El traje nuevo del emperador», «La reina de las nieves», «Las zapatillas rojas», «El soldadito de plomo», «El ruiseñor», «La sirenita», «Pulgarcita», «La pequeña cerillera», «El alforfón», «El cofre volador», «El yesquero», «El ave Fénix», «La sombra», «La princesa y el guisante» entre otros. Han sido traducidos a más de 80 idiomas y adaptados a obras de teatro, ballets, películas, dibujos animados, juegos en CD y obras de escultura y pintura.

El más largo de los viajes de Andersen, entre 1840 y 1841, fue a través de Alemania (donde hizo su primer viaje en tren), Italia, Malta y Grecia a Constantinopla. El viaje de vuelta lo llevó hasta el Mar Negro y el Danubio. El libro El bazar de un poeta (1842), donde narró su experiencia, es considerado por muchos su mejor libro de viajes.

Andersen se convirtió en un personaje conocido en gran parte de Europa, a pesar de que en Dinamarca no se le reconocía del todo como escritor. Sus obras, para ese tiempo, ya se habían traducido al francés, al inglés y al alemán. En junio de 1847 visitó Inglaterra por primera vez, viaje que resultó todo un éxito. Charles Dickens lo acompañó en su partida.

Después de esto, Andersen continuó con sus publicaciones, aspirando a convertirse en novelista y dramaturgo, lo que no consiguió. De hecho, Andersen no tenía demasiado interés en sus cuentos de hadas, a pesar de que será justamente por ellos por los que es valorado hoy en día. Aun así, continuó escribiéndolos y en 1847 y 1848 aparecieron dos nuevos volúmenes. Tras un largo silencio, Andersen publicó en 1857

otra novela, *Ser o no ser*. En 1863, después de otro viaje, publicó un nuevo libro de viaje, en España, país donde le impresionaron especialmente las ciudades de Málaga (donde tiene erigida una estatua en su honor), Granada, Alicante y Toledo.

Una costumbre que Andersen mantuvo por muchos años, a partir de 1858, era narrar de su propia voz los cuentos que le volvieron famoso.

(Información extraída de la Wikipedia)